



LA ESPAÑA SERVIL

La cercanía a los nacionalismos como marca de progresismo se ha instalado completamente en la izquierda española

EL último episodio que hemos protagonizado los españoles con los opuestos a la reforma constitucional me hace pensar que nuestro problema con los nacionalismos tiene un componente psicológico además de ideológico. Y lo digo por el servilismo exhibido nuevamente tras el boicot nacionalista a la reforma para controlar el gasto. Preocupados tantos y tantos por la ruptura del supuesto consenso constitucional y por la «desafección» nacionalista y no por la bochornosa actitud de unos partidos nacionalistas a los que les parece muy bien que España controle el gasto siempre que las comunidades con mayoría nacionalista hagan lo que les parezca y aporten menos a la solidaridad nacional. Temerosos de que el caprichoso niño díscolo dispuesto a saltarse el sacrificio colectivo pueda enfadarse aún más porque sus compañeros que sí se sacrifican no han sido capaces de calmarle la rabieta.

Una actitud comparable de otro partido, pongamos que del PP, habría recibido un reproche generalizado, tildada de irresponsable, lamentable e impresentable, en sus adjetivos más suaves. Y el problema no habría sido la ruptura del consenso constitucional o la desafección del PP, sino la negativa de un partido a sumarse a un necesario consenso constitucional en un tema vital para la supervivencia económica de España. El responsable habría sido exclusivamente el PP, no los demás.

Cuando de nacionalismos se trata, sin embargo, el problema, para algunos, lo tienen los demás. Y si esta actitud se repite en un asunto tan suprapartidista y, sobre todo, tan esencial para el bienestar común como es el del control del gasto público, la tradicional explicación pragmática de la necesidad de integrar a los nacionalismos sobra completamente. Y ni siquiera la explicación ideológica es suficiente. Es cierto que la idea de la cercanía a los nacionalismos como marca de progresismo se ha instalado completamente en la izquierda española y funciona como un resorte incluso en temas que perjudican electoralmente a la propia izquierda.

Pero hay algo más. Hay una pulsión psicológica colectiva instalada entre nosotros por tantos años de socialización en la exigencia de comprender, apoyar y mimar a los nacionalismos periféricos como prueba de la buena ciudadanía. Una pulsión que nos provoca un tic servil que se activa cada vez que los nacionalismos estornudan. Cualesquiera que sean sus exigencias, cualesquiera sus actitudes, hay una España política, periodística, intelectual, ciudadana, dispuesta a arrastrarse una vez más para probar su correcta ciudadanía. ¿Que a los nacionalistas les da igual que se hunda el país? Pues, nada, consensuémoslo.